

UNA CAMA DE COIGÜE

Don Lucho (llamémosle así, pues el tiempo se llevó el recuerdo de su nombre) era el maestro carpintero amigo y vecino de la familia Trujillo Lucero, en la Villa Manuel Rodríguez, de Barrancas, hoy Pudahuel. Corría el año 1977 en sus comienzos y Don Lucho se esmeraba en aconsejar y dirigir a la vez a un par de jóvenes empeñados en fabricar un catre para una cama de dos plazas. Uno de esos jóvenes era Juan Antonio Trujillo Lucero, el otro era el autor de este relato, o mejor dicho, de este rompecabezas de la memoria en el que son más las piezas que faltan que aquellas que van encontrando su lugar en una reconstrucción mental a veces agobiante.

Juan Trujillo había sido denunciado por alguien de allí mismo, algún vecino o vecina que vieron en él a un “extremista” y fue así como, pese a su intento de escapar, fue apresado por personal represor uniformado en el otoño de 1974, en presencia de su familia. – *No sabían que yo era mirista, entonces dije que era del MAPU* – me contó Juan al momento de nuestro reencuentro, dos años y medio después, luego del cierre de los campos de detenidos “por Estado de Sitio” que permitió mi salida de la prisión.

“Del MAPU al MIR” titulaba efectivamente la prensa santiaguina respecto de aquel funesto 23 de abril de 1981, día en que Juan Antonio Trujillo Lucero entregaba generosamente, no ya su vida sino su muerte, es decir el final de su corta vida adulta que él había ya entregado por completo a la causa de la emancipación definitiva de los “*pobres del campo y la ciudad*”.

– *¿Cree usted compañero que podrá fabricarme un catre de dos plazas que necesito? Lo he visto maestrear en Puchunca y me tinca que le pega al cocío. ¿Qué le parece?*– Ante semejantes elogios no pude negarme y acepté el desafío de parte del ex-compañero de prisión socialista, que podía ser mi padre pero al que su discapacidad física le impedía efectuar trabajos manuales como fabricar un mueble. – *Tengo una peguita pa’ nosotros dos, Juanito*– fue el anuncio triunfal que le hice días después a Juan, esto es en los albores del año 77, época de vacas muy flacas para nosotros y algunos pesitos p’al bolsillo no venían mal. – *No te preocupís, chico...* –, me respondió el “negro Trujillo” (como le llamábamos desde la época del liceo nueve) una vez que le hube explicado lo del catre – *...Don Lucho nos va a echar una mano, es un vecino mueblista re paleta* –.

El ex Liceo de Hombres N°9 de Quinta Normal había sido fundado en 1955 por iniciativa de miembros de la colonia alemana en Chile. Sin embargo como gran parte de los establecimientos educacionales situados más allá de ciertos límites del Gran Santiago, este liceo no llegó a tener un nombre, solamente el número. En la Brigada Secundaria del MIR santiaguino éramos la excepción y se explicaba por venir de los márgenes de Santiago Centro. Pero no dejaba de ser motivo de orgullo por venir de un liceo “proleta”.

– *P’tas weón, ¿cuándo te vai a decidir a trabajar con nosotros? Te vai a podrir en el Partido Socialista...*– fue la advertencia que me asestó un día de 1970 Juan Trujillo en el patio de aquel, nuestro liceo. Habiendo sido elegido al Centro de Alumnos por la Juventud Socialista, tenía yo ciertas reticencias a ponerme la camisa rojinegra a espaldas de mis compañeros socios. Pero pudo más la presión de la naciente base mirista del liceo, sobre todo cuando días antes, con ocasión del tercer aniversario de la muerte del Che en Bolivia, habíamos confeccionado, algunos miembros del núcleo socialista, una exposición sobre el Che con material obtenido en el ex-Instituto Chileno-Cubano. La instalamos en el patio cubierto y hubo que protegerla a puñetes contra los democristianos que

intentaban destruirla. La dirigencia socialista no movió un dedo para apoyar esa iniciativa que nos parecía fundamental y moralmente obligatoria. Era, a sus ojos, una “arrancada de tarros” nuestra. Por supuesto no pedimos permiso a nadie y con suerte la rectoría no puso objeción ni tomó medidas. Excepto por la verdadera arrancada de tarros de Heriberto Mena (el “Viejo” Mena QEPD) que trepó al techo del gimnasio la noche de la inauguración de la exposición e izó una bandera cubana de su propia confección. La rectoría alegó que en un liceo no se podía izar otra bandera que no fuera la chilena.

El negro Trujillo destacó entonces en agarrarse a combos contra los “beatos”. A sus apenas quince años impresionaba ya por su físico y conquistó para siempre mi confianza en su real compromiso con la causa revolucionaria que yo, con solamente dos años más que él, quería abrazar. Terminé entonces por integrarme de lleno a la base del MIR en las postrimerías del gobierno de Frei Montalva pero hacia “afuera” nuestra militancia era en el FER (Frente de Estudiantes Revolucionarios), fachada que se justificaba plenamente ante un alumnado de niños y adolescentes liceanos. Por ese entonces para gran parte de la opinión pública el MIR era un grupo de asaltantes de bancos y secuestradores de periodistas y ¡Oh escándalo! que provocaría un chico al contar, llegando a su casa, que iba a pertenecer al MIR.

– *Les puedo ofrecer coigüe...* nos dijo Cavieres, el ex compañero de liceo que trabajaba en la barraca de San Pablo altura 45 mil... – *...con esa plata no les alcanza pa’ güena madera*—. Eran los escasos fondos que nos había adelantado el compañero socialista, el “cliente” del catre por fabricar. Y partimos con el coigüe al hombro y a pata hasta la Villa Manuel Rodríguez, derechito hasta donde don Lucho. – *Oiga, ¡no puh! Esto es pa’ cajones, no pa’ muebles*— dijo al tiro el hombre cuando vio la madera, lo cual ni el negro ni yo podíamos adivinar. Sin embargo nos parecía que tenía una linda veta esa madera y lo sigo pensando así. – *No alcanzó pa’ más puh, don Lucho...* le contestó su vecino Trujillo. Hoy diríamos “*Es lo que hay*” que no se decía en ese tiempo.

Era un tiempo, fines del 76, para nosotros de muchas interrogantes; respecto de la necesaria autonomía económica, de la deseada y a la vez incierta reintegración a las filas del Partido con la mínima seguridad con que podían contar dos ex-presos políticos fichados y periódicamente vigilados por la represión. El fantasma del exilio no dejaba de sobrevolar nuestras cabezas si aquellos objetivos llegaran a fracasar. Y por supuesto, en el peor de los casos, el fantasma de caer nuevamente en manos de la represión. Juan, desde su adolescencia ya había tenido que conseguirse algunos “trabajitos” para ayudar al sustento familiar, en su humilde vivienda donde compartía un reducido espacio con sus padres, su hermana y dos hermanos más. Pero nunca mencionaba esa realidad y cumplía sus horarios de trabajo alternándolos con el horario y el calendario escolar. El papá trabajaba en la mantención de la Gruta de Lourdes, frente a la basílica del mismo nombre ubicada en la calle Santo Domingo, en las inmediaciones de la Quinta Normal. Allí Juan me presentó por esos días a su padre, quien realizaba trabajos que podía permitirle su discapacidad física, producto probablemente de algún accidente de trabajo, una de las tragedias que acechaban constantemente a la clase obrera.

Pero en ese mes de enero de 1977 había que cumplir el contrato de la ya famosa cama de coigüe. Básicamente ésta consistía, el catre quiero decir, en dos tablas laterales más una en la cabecera y otra para “los pies”, un rectángulo fácil de imaginar, con las medidas estándar que don Lucho conocía de memoria y como seguíamos sus instrucciones, la obra no podía ir sino viento en popa. Al interior

fijamos los listones que iban a permitir soportar el somier, el cual estaba constituido por tablas transversales, que como los listones no eran ya de coigüe sino simplemente de pino, más barato e incluso más resistente, según nuestro guía.

Trujillo seguía maquinalmente las instrucciones de su vecino don Lucho pero yo lo veía a menudo con la mirada en el infinito, como no estando allí. Pronto comprendí que era efectivamente así: Juan Trujillo tenía ya muy claro y muy decidido que él tomaría las armas para luchar de verdad contra la tiranía que oprimía al pueblo. Y en materia de armas o de “fierros” recibimos por esos días justamente algunas donaciones. *–Tengo que dejarles las muñecas...* me dijo un día al teléfono el “Comandante” *–...con mi mujer decidimos que no hay más que hacer que partir, ya tenemos las visas.*— Se trataba de un compañero ya cincuentón, que conocí en prisión, y que había sido comandante en el Cuerpo de Bomberos a la vez que integrante de un grupo de resistencia antidictatorial. Su mujer e hijos optaron por imponerle al papá la opción de partir a un largo exilio. Las muñecas no eran otra cosa que dos pistolas, una Browning y la mítica Luger, ambas de calibre 9 mm, que conservaba aún el Comandante y que por supuesto no podía llevarse. Fui uno de los afortunados elegidos como heredero de uno de los fierros, el otro llegó a manos de un militante comunista, que como yo, iba de vez en cuando a la casa del Comandante.

–Te tengo un buen fierrito, negro... fue mi anuncio a Juan Trujillo en nuestro siguiente encuentro y vi brillar sus ojos pues se hacía más factible su integración a las nascentes estructuras militares del partido en clandestinidad. Juntos fuimos a buscar la pistola Browning a la casa del compañero y allí mismo Juan la recibió jubiloso, aun cuando el arma carecía de munición.

Sin embargo no faltaron las municiones aunque no recuerdo que las hubiese de 9 mm “Parabellum”. *–Son peines de fusil Garand...* me dijo en su casa y en secreto el hijo de la familia de ayudistas a quienes yo visitaba en la comuna de Maipú. Ellos ignoraban que el muchacho, recluta en el Ejército, expropiaba municiones de diverso tipo del arsenal de su regimiento para entregármelas cuando yo iba por allí. Fueron poco menos de un par de kilos y hasta el día de hoy aprecio enormemente su arrojo y compromiso y comprendo que sin duda veía él en nosotros el futuro de la lucha definitiva contra la dictadura. También fue Juan Trujillo el destinatario de aquel botín.

Mi visión del futuro de aquella lucha que queríamos librar pasaba más por el trabajo en frentes de masas y mi experiencia en el frente estudiantil me empujaba a desear re-encontrarme con ese medio. Pero con respecto a Juan, nada que hacer, él solo tenía como objetivo el combate frontal contra la tiranía.

No fue difícil conseguir un carretón de mano, prestado por algún “feriano” de la Villa Manuel Rodríguez porque los precarios “mueblistas” no habíamos previsto que el catre tenía que ser desmontable. Y como de todas maneras esa opción moderna era super complicada, el mentado catre resultó en un rectángulo de 2m x 1m40 que hubo que llevar al momento de la “entrega” a un departamento en el centro de Santiago a dos cuadras del Palacio de la Moneda. Un flete habría triplicado el costo del trabajo por lo que no quedaba otra solución que el carretón de mano. Una escala en la casa de Rada 1028 se imponía por supuesto pues estaba en el trayecto desde Barrancas. Y sobre todo porque el compañero de andanzas liceanas de aquella casa se sumaría gustoso al epílogo de aquella curiosa aventura. Cuatro años más tarde, él y yo nos abrazaríamos, sin llanto pero llenos de emoción, en aquella misma casa, al conocer la trágica muerte de Juan Antonio Trujillo Lucero.

Así pues, nuestros tres Quijotes o Sancho Panzas enfilaron por calles que no recuerdo, rumbo al oriente hasta desembocar en Compañía, calle que conocíamos bien por ser del recorrido de la micro Catedral-Lourdes. Ibamos pensando en el compañero socialista que debía impacientarse por la recepción de su mueble y comprendíamos que por alguna dificultad económica no hubiese podido él encargar un catre de verdad, desarmable y todo en Almacenes París u otra tienda. Pero el departamento en pleno centro no cuadraba bien con la idea de una familia pobre o con apreturas económicas. Lo importante era poder entregar el mueble y cobrar el resto de lo prometido. Subirlo debe haber sido super complicado y digo “debe” porque no conservo ni la menor imagen de cómo fue. Sí conservo el recuerdo de la instalación del catre en la pieza que le estaba destinada. Encontré allí a la pareja del compañero, a quien había conocido durante las visitas dominicales de Tres Alamos cuando iba ella a ver a su marido o compañero. Entre ellos, aquella tarde en esa pieza, se cruzaron un par de miradas de complicidad pero ninguna palabra sobre el destino de la cama en cuestión. No nos fue difícil comprender que llegaría allí probablemente algún dirigente buscado del P.S. para lo cual se tomaron todas las precauciones sin recurrir a fabricantes, vendedores ni transportistas desconocidos.